

# Lectura y cultura.

## Reading and culture.

Honorio Delgado †.

La lectura es ocupación característica del hombre moderno. Quizá ninguna otra le distingue mejor del representante de épocas anteriores. La incorporación de la técnica en las diversas actividades humanas es un hecho peculiar de mayor entidad, y resulta obvio que el progreso de las aplicaciones de la ciencia plasma el perfil de nuestra vida. La técnica, empero, no es quehacer determinado sino para ciertas clases de personas. En cambio, todo sujeto que encarna propiamente el espíritu de nuestro tiempo practica la lectura, sin la cual, por lo demás, no podría concebirse la tecnología moderna. Así, por la misma razón que para designar a nuestra especie se prefiere la calificación de *homo sapiens* a la de *homo faber*, al hombre representativo de la civilización actual sería más propio llamar *homo legens* que *homo technicus*.

Esto no significa desconocer que han existido en el mundo letras y lectores desde hace muchísimo tiempo. Si damos crédito a Herman Wirth, el hombre ha escrito desde hace veinte mil años. Tal aserto, como puede imaginarse, está lejos de ser demostrado, pese a la ingente suma de datos y argumentos de que se sirve el autor de *Der Aufgang der Menschheit*. Pero lo que hoy ya parece muy probable es que la escritura tiene un remoto origen europeo. Los fenicios, a quienes se reputaba hasta hace poco tiempo indiscutibles inventores del alfabeto, tiende a considerárselos sólo como autores de una reforma práctica del mismo.

No es mi propósito considerar los antecedentes de la escritura, la lectura y los medios de su difusión. Sin embargo, ya que me he referido al pasado, voy a recordar un hecho histórico -muy conocido, pero poco apreciado- relativo tanto a la lectura cuanto a la cultura. Aunque la invención del papel barato y después la de la imprenta han facilitado grandemente el disfrute de las letras, a la Edad Media, época en que se estimó el libro

como en ninguna otra, debemos el amor a la lectura y la conservación y transmisión de los tesoros literarios de la Antigüedad. El hombre moderno, ufano de la democracia y de la secularización de las instituciones, olvida fácilmente que gracias a la aristocracia y a la Iglesia medievales los monumentos de la literatura pagana se salvaron de la destrucción, hecho decisivo para el destino de la Humanidad y sobre todo para el espíritu de Occidente.

En esos tiempos, errónea o tendenciosamente llamados de tinieblas, en que el clero afinaba las costumbres e iluminaba los corazones con la religión, la justicia y el saber, monasterios, abadías y catedrales fueron hogar de bibliotecas celosamente formadas y enriquecidas, donde se cultivaban las letras, las ciencias y las artes a la vez que la teología. Siglos antes que surgieran las universidades, creación de la Iglesia, existían escuelas monásticas y catedralicias para la instrucción de los hijos del pueblo, algunas de las cuales sostenían gratuitamente a los escolares pobres. Tanto las órdenes religiosas como los señores feudales, eran entonces los patrocinadores del desenvolvimiento cultural. Así, en consorcio vivo, la fe, el poder y la laboriosidad de hombres selectos, al mismo tiempo que preparaban a las almas para la bienaventuranza y organizaban la sociedad de su tiempo, buscaron, reunieron y reprodujeron con esclarecida prevención los textos de la sabiduría antigua, fermento de perenne renovación del espíritu.

Después, los grandes protectores y fomentadores de las bibliotecas, de las ediciones y de la ilustración fueron los príncipes y los grandes señores. En este movimiento hace época la fundación de la Biblioteca Vaticana, la primera abierta al público general. Tal es el paso decisivo para poner el libro al alcance de todos los lectores, según ocurre hoy en los pueblos civilizados.

### *El escritor y el lector*

Que yo sepa, no existe un análisis fenomenológico del proceso esencial de la lectura. Esto me alienta a arriesgarme en el intento de hacer un esbozo de semejante tarea. El fenómeno capital es que se constituye una relación *sui generis* entre el lector y el autor, en la que el texto representa el vínculo sensible e inteligible a través del cual se patentiza el mundo de las significaciones al espíritu subjetivo. En tal relación el escritor revela su numen y da el fruto de su saber, de su experiencia y de su reflexión en forma de pensamiento, y el lector recibe de éste lo que su inteligencia, su sensibilidad y su preparación le permiten aprehender. De suerte que el autor desempeña su función en la medida en que logra expresar el elemento original del mundo significativo, y el leyente cumple tanto mejor su objetivo cuanto más se entrega a la intención expresiva del autor. Ambos realizan faena valiosa si los anima un auténtico amor a la substancia espiritual. Esto no implica tomarlos como entes puramente intelectuales. Al contrario, es preciso que el uno escriba con lo mejor de todo su ser, y que el otro se entregue al texto, no sólo con la cabeza, sino con el corazón. Lo importante es que en el primero el amor a la substancia espiritual no sea adulterado por la vanidad, el interés o el ánimo tendencioso, y que en el segundo los sentimientos de admiración y dilección hacia el autor no le priven de objetividad ni de crítica.

La relación de que se trata es, pues, compleja. En ella hay concordancia y hay discrepancia, lo último incluso cuando el leyente cree estar de perfecto acuerdo con el autor. Aunque éste es el sujeto determinante, el texto es entendido por aquél de una manera peculiar, salvo que se trate de una exposición estrictamente lógica. De ahí la multiplicidad de sentidos y la riqueza de sugerencias de las grandes obras literarias, incluidas las de tema descriptivo. Montaigne no exagera cuando declara: "Yo he leído en Tito Livio cien cosas que otros no han leído. Plutarco ha leído cien más, que yo no he sabido entender, y acaso haya entre ellas muchas que el autor ni pensó siquiera".

Pasiva e infecunda es la lectura que sirve sólo para ser recordada textualmente. La activa tiene resonancia en la intimidad: despierta nuestras disposiciones personales y diferencia y configura nuestro ser espiritual. En cada etapa de nuestra vida, por efecto de las circunstancias, de la experiencia, y sobre todo del proceso de la maduración interior, cambia la aptitud receptiva. De ahí que el mismo libro, leído en la niñez, en la juventud y en la edad adulta, cause impresión

diferente y repercute de modo cada vez distinto. Al Quijote, por ejemplo, en cada lectura se le encuentra más jugoso, admirable y aleccionador, más rico en filosofía de la existencia. Otros libros, leídos por segunda vez, suelen provocar reacción discordante y hasta opuesta a la que produjeron primero. ¿Quién no puede señalar una obra entre las favoritas, que a la primera lectura le dejó indiferente o removió sus ideas suscitando su repulsa, y viceversa? Por último, hay libros que, a causa de la situación en que son leídos y por obra de determinadas afinidades, hacen época en la vida y llegan a influir de modo decisivo hasta en el porte y el estilo personales.

Las obras más aptas para producir efectos profundos son, naturalmente, aquellas en las que la creación artística ilumina con su misterioso resplandor la realidad suprema de las cosas y revela a la mirada interior esencias metafísicas o perspectivas insospechadas del orden ideal. Pero hasta en las materias que por su índole parecen más alejadas de este desiderátum -la divulgación científica, por ejemplo- las dotes del escritor aventajado son decisivas para enriquecer la mente del hombre deseoso de instruirse, con un conjunto de ideas precisas, estimulantes y sugeridoras, mientras que las del adocenado apenas si sirven para más que inculcarle datos esquemáticos y generalizaciones arbitrarias que le inducen a una interpretación mezquina y falsa de la realidad.

No sólo tienen origen común las palabras autor y autoridad, sino relación esencial lo que ellas significan. En efecto, el autor, especialmente el elegido y más aún el predilecto, suscita admiración y fe en el alma del lector. Estos sentimientos son agente y fuerza suasoria de la influencia de la lectura, a las veces educativa y edificante o disgregadora y maléfica. De ahí la responsabilidad del escritor y de los editores, tanto más tremenda cuanto más inculto e ingenuo es quien busca en la lectura pábulo para su ilustración o para sus pensiones. Es uno de los hechos más evidentes -y, por desgracia, más utilizados- en nuestra época, el poder ilimitado de la palabra impresa sobre la mente de la mayoría de los hombres, casi desprovista de defensas contra el extravío. Por eso, hasta cierto punto, la prensa de Gutenberg no sólo estampa el papel, sino las almas.

Mas lo que aquí interesa no es este vulgar y lamentable estampado humano, a menudo encubierto y tendencioso. Para concluir el bosquejo de caracterización del fenómeno esencial y óptimo de la lectura, recojo un punto importante, que sólo ha sido señalado. Queda dicho que tanto el escritor cuanto el

leyente realizan tarea de auténtica vida espiritual constructiva si los anima pura y esclarecida dilección. Esta, a la vez que representa, dentro de lo posible, eficaz salvaguardia opuesta al error y a la desubstanciación del hombre, constituye la fuente más poderosa de incentivos para el desenvolvimiento de la entidad personal y para el ejercicio de la razón y del gusto. Gracias a su vigor despiertan y se afinan las aptitudes de cada cual para percibir, acoger y realizar lo genuino del mundo de la cultura. Además, hay una especie de relación recíproca entre esta dilección o amor intelectual, que se dirige a lo imperceptible para los sentidos corporales, y el vario conjunto de influencias que condicionan concretamente la existencia del hombre en tanto que persona: reina el espíritu merced al soplo conjuntiva de la vida en acción.

### ***Fin cultural de la lectura***

Con esto llegamos al asunto principal, a saber: qué clase de lectura es aquella que cultiva. Ante todo, debo adelantar que no me refiero aquí a la lectura como un medio, según la práctica, por ejemplo, el estudiante. Tampoco me refiero a la que se hace para adquirir información o erudición, pues la verdadera cultura no estriba en una suma considerable de datos. Y la desmesura en esta dirección lleva a la orgía intelectual, que, como la glotonería en el campo fisiológico, produce indigestión o plétora, y no asimilación saludable. Por otra parte, la cultura no se identifica ni con el saber. Hay gente que lee mucho sin conseguir más que agravar los vicios de su espíritu o su falta de espíritu. Y la hay que llega a saber infinidad de cosas sin adquirir siquiera mediano discernimiento para las de entidad humana. Un campesino analfabeto, penetrado de tradición fundamental y de sabiduría popular, con vasta experiencia en el ejercicio concienzudo de sus ocupaciones, puede estar más cerca de la alta cultura que el más diligente lector enciclopédico. Mientras que en el caso del primero la leyenda y las creencias vinculan su ser con un mundo tan admirable que le permite vivir como adulto sin dejar de sentir como niño, en el del segundo el racionalismo exangüe seca en su alma las fuentes de la feliz ingenuidad, de la poesía de la vida y de la fe en una norma suprema.

Lectura que cultiva real y profundamente nuestro ánimo es aquella capaz de constituirnos en exploradores encantados y prudentes del espíritu a través de la floresta soberbia de los libros reveladores; lectura libre, proporcionada y selecta, cuyo mejor fruto es la perfección íntima.

Examinemos los fundamentos de esta manera de leer.

El espíritu -precisa definirlo aunque sea con riesgo de usar términos técnicos-, es el orden de esencias, direcciones y formas eternas, irreducibles tanto a la realidad del alma individual cuanto al mundo sensible, pero virtuales en ambos; no son asequibles en sí mismas, si bien nuestra mente es capaz de descubrirlas y de encaminarse hacia ellas, como la aguja magnética señala el Norte, efectivo aunque invisible; anteriores a la experiencia, constituyen condición de toda experiencia posible y poseen legitimidad, autonomía y jerarquía propias, no relativas a puntos de vista arbitrarios; imperceptibles para los sentidos, constituyen la materia del sentido; vislumbradas o alcanzadas por el entendimiento, las llamamos ideas y las referimos a la razón; apreciadas y vividas por la estimativa, reciben el nombre de valores y su esfera propia es el *ordo amoris*.

El aspecto positivo de la civilización, o sea la cultura en cuanto proceso sociológico e histórico, representa la objetivación colectiva y siempre más o menos imperfecta -en obras, instituciones, usos y costumbres- de ese orden trascendente, objetivación que influye sobre las mentes y las nutre de aquello que sólo los hombres mejor dotados, los creadores, pueden descubrir de manera original. La cultura subjetiva se opera, pues, por la susceptión de la simiente preciosa de tal influencia, limpia de cizaña; y los libros, lo mismo que los establecimientos docentes, son o deberían ser órganos y canales de su acendramiento.

En todo caso, la lectura constituye sólo una de las formas posibles de la labranza personal, sujeta -según veremos- a peculiares riesgos. El ideal de su prosecución es que el alma desenvuelva orgánicamente sus mejores disposiciones para remontarse al espíritu y lograr un reflejo lo menos imperfecto posible de la universalidad de su orden en la singularidad del propio ser individual, de la eternidad y autonomía de las esencias en su particular existencia temporal y condicionada. La educación de uno mismo, así entendida, tiene un horizonte tan amplio y vario de objetos reales e imaginarios y de virtualidades arcanas, que comprende la naturaleza entera, no solo como fuente de conocimiento, sino como escenario de encanto y maravilla; el reino del arte, creación y gloria del ingenio humano, cuyas obras alimentan y avivan nuestro anhelo infinito de belleza y de ilusión; y, por último, lo sobrenatural, cuyo culto es principio y fin de toda cultura viva. Tal disciplina entraña un asiduo trabajo interior

dirigido a discernir y asimilar ideas y valores, puesta la aspiración en el imperio de una norma fomentadora del juicio recto, de la preferencia noble, del porte caballeresco. No es, pues, empeño de enriquecer y ejercitar únicamente la inteligencia, sino de afinar el gusto y fortalecer la personalidad.

El secreto de la realización venturosa de empresa tan considerable que dura toda la vida, depende tanto de la constancia en el esfuerzo cuanto del acierto en la graduación de los medios efectivos. Para lo último se requiere una orientación docta, difícil de adquirir sin escuela previa, y un criterio seguro de la propia entidad personal. Ciertamente, lo esencial no es una muchedumbre extraordinaria de dones, sino la proporción debida de los mismos; pues, conforme sentencia Goethe, "el más modesto de los hombres puede ser completo siempre que se mueva dentro de los límites de sus aptitudes y de sus habilidades".

La proporción es también requisito de la misma lectura formativa, en el sentido de no abandonar al azar de las circunstancias exteriores la determinación de los libros que se leen, sino confiarla a la selección juiciosa y conforme al ser y al gusto de cada cual, con el primor que corresponde a la búsqueda de un viático precioso para el viaje de la existencia. *Ars longa, vita brevis*: no hay tiempo para leer sino lo mejor en su línea. Los cánones abundan para tentar nuestros deseos, pero el éxito de la opción depende del tino personal.

Por último, proporcionada debe ser la lectura con respecto al fin de adquirir una perspectiva sinóptica y plenaria del mundo, una tabla de valores rica y armoniosa, una concepción clara y profunda de la vida. Particularmente en personas con aficiones muy determinadas, es necesaria cierta vigilancia, correctivo de la parcialidad. Hay temas de lectura frente a los cuales tal recomendación adquiere el carácter de exigencia cultural de primer orden, y su inobservancia acarrea estrechez de criterio y adulteración de la mente. Me refiero de modo especial a los asuntos en que tiene importancia la opinión, la interpretación, la doctrina, la ideología, el punto de vista de escuela o de partido; asuntos controvertibles en que cada autor, sobrevalorando el alcance de las ideas que propugna, deforma por completo la realidad o, en el mejor de los casos, ve más o menos bien un aspecto de las cosas, pero es lamentablemente ciego para otros aspectos, acaso los esenciales. En definitiva, el desiderátum, difícil de alcanzar, es la visión *sub specie totus et aeterni*, sin mengua de la realidad singular presente ni detrimento del concreto deber inmediato.

### ***El lector autodidacto***

El ejercicio de la lectura educativa corre peligro de malograrse de varias maneras, de las cuales quedan algunas indicadas. Pero falta considerar la inherente al lector autodidacto, que se instruye por propia iniciativa y sin más guía que la misma lectura. A éste se le llama *dilettante* cuando se dedica a los libros sólo por placer y afición, no por provecho ni por motivo profesional: *per il loro diletto*. Ese término, empleado asimismo para designar a los aficionados a cualquier arte o género de estudios, se toma, como es bien sabido, ora en sentido favorable, ora como calificación despectiva. En el primer caso, el *dilettante*, perspicaz y desinteresado, es lo contrario del especialista puro y del técnico sin don artístico, a quienes puede superar por la amplitud y delicadeza de espíritu, así como por la capacidad de vincular el objeto de su predilección con la vida real. Tratándose del *dilettante* científico, su más alta función es la síntesis de conocimientos cuya extensión desborda el campo del investigador. Se comprende que semejante función sólo puede desempeñarla cumplidamente una persona con sólida preparación sistemática, que estudia con afición y habilidad esclarecidas.

Tal no es el caso del lector autodidacto amenazado de los extravíos anexos a la improvisación solitaria, pues éste cae dentro del concepto negativo del *dilettantismo*, el cual corresponde a quien dispersa su energía en curiosear superficialmente todo o se entusiasma con corrientes de pensamientos a la moda, sin lograr la perfección en nada, por falta de base sólida, de método, de crítica; en una palabra, de formación. La manera peor y más típica de malogramiento del lector autodidacto es la pedantería. El pedante lee para que los autores le releven del trabajo de pensar y para repetir lo ajeno como propio, afanoso de deslumbrar a los demás; lo cual consigue ciertamente si se contenta con un público de simples. No conteniendo su alma nada genuino, al reflejar lo que recibe, a menudo lo deforma y desvirtúa. Es frecuente que confundan las generalizaciones arbitrarias con la ciencia, el desorden de la imaginación con el arte, cualquier especulación absurda con la filosofía, y las supersticiones y la idolatría con la religiosidad. Ya Platón vió este peligro de la sabiduría contrahecha como anexo a la palabra escrita. Cuenta en el Fedro el mito del invento de la escritura, atribuyéndoselo al dios egipcio Teuth, y pone estas palabras en boca del rey Thamuis, impugnador del dios: "Lo que das a tus discípulos es la sombra de la ciencia, pero no la ciencia en sí, pues cuando hayan aprendido muchas cosas sin maestros creerán ser muy sabios, no pasando de

ignorantes ante la mayor parte de las gentes y por falsos sabios insoportables en el trato de la vida".

La insipiente del lector autodidacto no siempre tiene su origen en la falta de escuela, sino en una instrucción malsana, con los defectos del *dilettantismo*, que ofrece al estudiante, en un mosaico de nociones, el comienzo desordenado de muchas cosas, sin el ahonde en la correlación y jerarquía de los valores de la cultura y sin el ajuste de éstos al alma del educando.

El fondo de la cuestión principal puede formularse así: todo lector es en cierto modo autodidacto, y como tal disfruta de la libertad de escoger sus lecturas, pero mientras que unos gozan de este privilegio de manera primitiva, olvidando que "nunca hubo altura sin cuesta" (Gracián), otros lo ejercitan después de haber conquistado libertades más altas y más arduas: la de dominar los impulsos ciegos de la propia naturaleza y la de optar entre muchas posibilidades valiosas según criterio maduro. Para perfeccionarse no bastan la simple autonomía de acción exterior ni los buenos deseos y lo que hoy llaman "afán de superación", pues todo esto, sin norte, es sólo libertad para el yerro y despeñadero de la ambición. Así, para adquirir cultura es imprescindible la autonomía propia del dominio de uno mismo y la del entendimiento frente a las ideas, libertad para perseguir no determinado bien, sino el bien. Y tales formas de autonomía se adquieren a fuerza de luces, ejemplaridad y dirección; es decir, de discipulado previo.

Para ser dueño y señor de sus pasos, es preciso aprender antes a caminar y a conocer los caminos. Toda autonomía es hija de la heteronomía, y toda maestría supone aprendizaje obediente, cuya atmósfera óptima es aquella en que reinan la lealtad, el respeto cordial y el buen tono, atmósfera al calor de la cual se despliega, se afirma y florece el alma juvenil, ávida de recibir, con la incitación y la advertencia y el método, el influjo ennoblecedor de la autoridad docente.

Semejante clase de aprendizaje comienza en el hogar, donde se recibe lo que constituye el fondo granítico de las disposiciones hereditarias, las tradiciones y los hábitos, sobre el cual toda educación ulterior influye sólo parcialmente, en el mejor de los casos enriqueciendo y transfigurando lo que ese fondo tiene de determinante. Aquí la dependencia es respecto de los padres. En los establecimientos de enseñanza son los maestros quienes encarnan la autoridad. En estos tiempos, en que se admiten casi sin medida pretendientes a la instrucción superior, y en que se preconiza y se

ensaya como novedad plausible la autodeterminación de los alumnos en materia de régimen de estudios y el sistema parlamentario en la dirección de los institutos de cultura, es oportuno recordar el juicio que hace cerca de un siglo formulaba Nietzsche, el rebelde Nietzsche, acerca de tales procedimientos.

Respecto al primero, se expresa así el adelantador de la filosofía de los valores: "Existe ahora casi en todas partes un número tan exagerado de instituciones de cultura elevada que requieren sin cesar infinitamente más profesores de los que pudiera producir un pueblo, incluso ricamente dotado; y así ingresa en esos establecimientos un exceso de jóvenes sin vocación, los cuales poco a poco determinan el espíritu de la institución gracias al predominio numérico y al instinto de *similis similibus gaudet*".

Con relación al abandono de la disciplina, Nietzsche es igualmente categórico: "En aquella edad cuyas experiencias se ven circundadas con el arco iris metafísico, el hombre es más necesitado que nunca de una mano rectora, porque súbitamente y casi de manera instintiva se ha persuadido de la ambigüedad de la vida y ha perdido el terreno firme de las opiniones transmitidas y hasta entonces conservadas". "Y su perplejidad y su carencia de un guía para su educación lo agitan de un estado interior a otro: duda, exaltación, necesidad de vivir, esperanza, desaliento. Todo lo lleva de aquí para allá, indicando que en su firmamento se han apagado las estrellas con las que podía dirigir su nave".

"Esta es la imagen de aquella famosa autonomía, de aquella libertad académica, reflejada en las almas mejores y más necesitadas de cultura, frente a las cuales no merecen consideración aquellas naturalezas más toscas y descuidadas que se complacen en su libertad en sentido bárbaro... ¿Quién ha incitado a la independencia en una edad en que se manifiesta el rendimiento a grandes guías y se sigue entusiasta el sendero del maestro como se obedece a las necesidades más naturales e inmediatas?" "Toda educación comienza con lo contrario de lo que al presente se alaba como libertad académica: comienza con la obediencia, con la subordinación, con la disciplina, con la sujeción" (1).

### *Soledad y compañía en la lectura*

No puedo terminar este ensayo sin referirme a la singular dualidad de aislamiento y compañía que entraña la lectura. Pero permítaseme aclarar antes, concisamente, tres puntos que apenas he mencionado:



los relativos al idioma, la legitimidad de la lectura no educativa y el valor de la experiencia ajena a las letras.

El lenguaje constituye el dominio en que coincide la lectura con la cultura. El mundo de las significaciones es como la imagen de Jano: con dos caras, una espiritual y otra verbal; la primera, asequible y expresable únicamente a través de la segunda. El adelantamiento en materia intelectual requiere la perfección en el orden de la palabra, y viceversa, relación recíproca que ya Abelardo expresó claramente en su célebre sentencia: *Sermo generatur ab intellectu et generat intellectum*. No es posible ni siquiera una mediocre preparación para formar la mente con ayuda de las letras sin conocer los secretos del idioma en que se lee. Más aún: para llegar a leer con propiedad, es menester seguir un largo aprendizaje de lectura metódica, a fondo, incluso con la expresa intención de profundizar en el origen, la vida y las vicisitudes de las palabras y de las estructuras idiomáticas. Y no se concibe verdadera cultura de quien habla castellano sin el conocimiento y la asimilación de lo más enjundioso de la admirable y variadísima literatura española, comenzando por los clásicos de la Edad de Oro, singulares por su originalidad y reveladores de las peculiaridades de nuestra raza, y, sin embargo, espejos, los más, de la cultura universal: griega, latina, oriental y cristiana.

Aunque me refiero especialmente a la lectura que cultiva, y tengo en mira la normalidad ideal, no desconozco que en la práctica la mayoría de los lectores acude a las publicaciones sin perseguir un fin superior a la información inmediata o al entretenimiento momentáneo; tampoco se me oculta que incluso el hombre cultivado y amigo de la lectura excelente, a menudo se complace en la literatura ligera. Esto es natural y justificado, pues la lectura no constituye sino un medio, susceptible de servir a diversos propósitos o inclinaciones, entre los cuales está el formativo, sin disputa el más noble, pero también el que requiere mayor esfuerzo y determinadas aptitudes.

Por otra parte, tan absurdo y ridículo como pretender que la lectura deba ser siempre educativa, resultaría propugnar que con sólo las letras se instruya y perfeccione el hombre. La lectura no reemplaza de ningún modo a la experiencia empírica que se adquiere en el trato con los demás, en el trabajo y en la observación y el dominio de los seres y las cosas. La vida de relación, y en general la vida activa, es fundamento insustituible y fecundo del ajuste

desembarazado al mundo que nos rodea, y, por intermedio de éste, al cosmos impalpable del espíritu. Donde el hombre se enfrenta con el hombre o con totalidades de cualquier género, ahí hay posibilidad educativa, mayor o menor, según la impresionabilidad del sujeto para el contenido espiritual. Mientras más variados e importantes son los contactos y las situaciones que nos ofrece el escenario de la naturaleza y el drama de los acontecimientos, tanto más se enriquece y previene el ánimo vigilante, abierto a la posible lección de lo vivido. Lo mismo que el trabajo y la conversación, la experiencia religiosa, los actos morales, las impresiones estéticas, la amistad, el amor y tantas otras formas y empresas de vida espiritual sin letras, contribuyen al esclarecimiento de la existencia y a la educación de sí mismo, y además ofrecen oportunidades y materia a la aplicación de los frutos de la lectura, así como a poner a prueba los quilates de nuestra ilustración. Todo se vincula en la economía de la cultura en general; y la particular, organizada forzosamente desde adentro, se hace tanto más jugosa y original cuanto mayor y mejor es el tesoro de enseñanzas adquirido directamente por uno mismo.

### Soledad y compañía del lector

La lectura puede hacerse de manera colectiva, en voz alta. A menudo se realiza entre dos personas, una de las cuales escucha. La practican sobre todo los estudiantes y los aficionados a las novelas y a la poesía. En general, no es la forma más libre y gozosa, ni la más apropiada para la comprensión orientadora. Esta encuentra condiciones ideales en la soledad y el silencio. El hombre aislado puede leer de acuerdo con el ritmo conveniente a la marcha de su pensamiento y al capricho de su sensibilidad, deteniéndose o repitiendo la lectura cuando lo pide su gusto, la necesidad de evocar otros pasajes, de resolver una dificultad o de entregarse a la reflexión ahincada o a fantasías encantadoras. Es la verdadera lectura *motu proprio*.

La soledad anexa a esta forma de lectura es una soledad relativa al contorno físico, no al mundo trascendental de las presencias inmarcesibles. Pues merced a la virtud realmente mágica de la escritura, podemos evocar a los espíritus que se nos antoje y pedirles el mejor de los regalos: podemos buscar y saborear las gracias de éste, elegir los primores de aquél, complacernos una y más veces con la idea reveladora y ya entrevista o sorprendente del otro - ciertos nosotros, en cada caso, de que en un momento preciso, en un lugar concreto, con un estado de ánimo

determinado, el escritor labró su joya, industrioso, fecundo y quizá feliz.

Tal es el singular privilegio de tener al alcance de la mano, en un trozo de materia finita -el libro-, las excelencias de los genios más insignes. Privilegio no sólo de aproximarnos a las cumbres de la humanidad, que de ninguna otra manera podríamos ni barruntar, sino de adentrarnos en el mismo penetrar de su pensamiento. Y esto no es todo. La magia de la escritura nos transmite tanto lo que lucubran los autores contemporáneos nuestros, próximos o lejanos en el espacio, cuanto lo que concibieron los pensadores y poetas de todos los tiempos. Desde este punto de vista, el mundo a que nos da acceso el conocimiento de las letras es infinitamente mayor, más rico y más poblado de presencias egregias que el de la realidad tangible.

En este incomparable banquete del espíritu la cuestión cardinal es escoger *la crème de la crème* -comenzar por los grandes clásicos en cada orden de las letras- y no sucumbir a la tentación vulgar, favorecida por la abundancia de los libros mediocres y malos. En verdad, es lástima grande que no se cumpla la aspiración de Saavedra Fajardo: "la imprenta, tesorería de la gloria", pues es mucha la falsa moneda que pone en circulación. En todos los tiempos, los escritores que causan sensación y se difunden copiosamente son incontables. Los catálogos de la producción bibliográfica anual en cada rama de la cultura y en cada país importante contienen miles de "novedades". Pero pasado un siglo, quizás logra sobrevivir uno solo de toda la producción mundial de un año. Y en el transcurso de las épocas, únicamente unos pocos de cada siglo pasan a formar parte del tesoro definitivo de

las letras humanas. Por eso Schopenhauer, lector sagaz y malhumorado, quien repetía que los escritores para tontos tienen siempre seguro un público numeroso, preconiza "el arte de no leer" (*die Kunst, nicht zu lesen*), consistente en no dignarse tomar en las manos las publicaciones que en cada tiempo atraen al mayor número y tienen más ediciones en sus primeros años, que son también los últimos de su vida.

En conclusión, la lectura en privado, si es cierto que nos aísla momentáneamente de los demás hombres vivos, y su frecuentación, en naturalezas predisuestas, suele incitar a la misantropía, en cambio -si arde en nuestra mente la lumbre de la cultura- nos brinda la más exquisita de las sociedades, los amigos más leales e ilustres, la compañía de aquellos personajes que después de muertos son capaces de comunicarnos vida. Y por mediación de tales representantes de la humanidad mejor, cobra animación la de todos los tiempos, hasta la más lejana, y ofrece a nuestro ser presente la profundidad histórica de lo que somos; a nuestra esperanza y a nuestra acción responsable frente al futuro, la simiente de posible perfección; a nuestra sed metafísica, asomos de eternidad, y a nuestro anhelo religioso, el testimonio de la creación divina; en fin, a nuestra existencia toda, el horizonte poblado de las existencias que forma la caravana presurosa e infinita de la humanidad entera.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- 1) Nietzsche F. Gedanken über die Zukunft unserer Bildungsanstalten. En: Nietzsche F. Werke in drei Bänden t. IX, Leipzig; 1903.